

El coche partió á todo escape

.....
Cuatro dias despues, los dos viajeros llega-
ban á Niza.



CAPITULO VI.

UN NUEVO CONOCIMIENTO.

Dos dias ántes de que el señor Devaux y Gustavo llegasen, Edmundo habia sido vuelto á acometer por el delirio, y el señor Mourret le aplicó nuevas sangrías. Edmundo por este motivo estaba inconocible; pero la opresion del pecho habia disminuido un poco.

Las dos mugeres velaban siempre; la una junto á la cabecera; la otra á los pies del enfermo; y de los tres, quien sufría mas, no era por cierto Edmundo, pues que su pensamiento no le pertenecia.

Las cortinas del lecho, medio corridas, mantenian en la sombra al moribundo. Sin embargo, un rayo de la lámpara lograba deslizarse por entre las cortinas, y venia á iluminar la palidez mate de sus megillas enflaquecidas.

Antonina y la señora de Péreux, que al mirar que el enfermo habia recobrado su conoci-

miento creyeron en su curacion, sintieron que el corazon se les oprimia nueva mente, al notar que recaia en el mismo estado de debilidad, de fiebre y de delirio.

Nada hay mas doloroso, nada mas terrible que esos desengaños, que vienen á destruir en un momento las esperanzas mas dulces . . . !

Junto al lecho de los moribundos es en donde los que los aman con mayor cariño miran reaparecer en su muerte todos los recuerdos del tiempo en que aquel á quien van á perder era fuerte, dichoso, lleno de ventura . . . !

Lo pasado vuela con sus horas placenteras, arrojándolas como al ocaso sobre las horas del presente tan amargo! semejante á un niño que derramara sobre una tumba frescas y aromáticas flores. . .

Estos recuerdos son mas crueles aun cuando es el corazon de una madre donde se despiertan, porque para ellas lo pasado no tiene nunca límites. Ninguna de las facetas de la existencia de su hijo la es desconocida, y el nombre de éste evoca generalmente otros nombres queridos que duermen ántes que el suyo en el corazon.

Ayudada de su memoria y de su corazon, la madre vuelve á otros tiempos lejanos, y se sienta por un momento bajo las frescas sombras de la niñez, de la juventud, de las ilusiones y del amor. Dios permite que por algu-

nos instantes, en defecto del sueño que no viene á calmar el ardor de sus pupilas, puede el alma descansar en la memoria de los dias felices que ya pasaron. . . . esto no quita que el sufrimiento sea mayor despues; podria decirse que el dolor no deja nunca de ajustar sus cuentas.

Así, pues, al murmullo de aquella respiracion trabajosa, que era la única que la advertia que su hijo no habia muerto, la señora de Péreux miraba pasar ante su mirada la sombra infantil de Edmundo, animado con las primeras sonrisas que ella le prodigaba, sonriendo al porvenir encantado que se presentaba ante sus ojos. . . .

En aquel tiempo todo era gusto y contento para la pobre madre. Era jóven, y si no amaba con toda la fogosidad de los sentidos y de la pasion, estimaba á su marido con la afecion del corazon y la razon del alma. El cielo la concedia un hijo que reasumia en él solo todos los amores que ella perdió y todos los que á su edad hubiera podido tener.

Recordaba sus temores á las mas ligeras indisposiciones de la débil criatura; su alegría mirándolo crecer; su reconocimiento hácia Dios cuando contemplaba, conforme se iban desarrollando poco á poco su cuerpo, sus sentimientos, sus facultades, semejantes á una flor que crece, se estiende y se abre!

Luego murió su marido, y entónces ella lo concentró todo; amor, felicidad, esperanza, hasta su misma existencia en el hijo que la quedaba y he aquí, que despues de veinticuatro años de afanes, de temores tan pronto nacidos como desaparecidos; despues de haber creado á su corazon una de esas dulces costumbres, que no se pueden perder sino con la vida, que se encarnan, por decirlo así, en el pecho, tenia ahora que velar junto al lecho de muerte de su hijo, así como habia velado junto á su cuna, y nada podia hacer para contener aquel soplo anhelante que al perderse en el aire de la estancia se llevaba consigo todo un pasado de ventura, la esperanza de todo un porvenir!

Las madres solas pueden comprender este martirio; y si esto que escribimos, no hubiera de ser leído mas que por madres, nos habriamos contentado con escribir:

“Edmundo se moria, y su madre velaba junto á su lecho de muerte.”

¿No es cierto, madres que me leéis, que si vosotros os hubiérais encontrado en el lugar de la señora de Péreux, hubiérais dicho aun á vuestro pesar, como decia la madre de Edmundo ?

“Dios mio: consérvame á mi hijo. Yo no os pido, no me atrevo á pedir os su salud; pero que viva, que me vea, que pueda yo verlo todavía; que no oiga yo suspender esa res-

piracion de la cual pende mi propia vida Oh! yo no quiero ver entrar aquí al sacerdote, yo no quiero oír junto á el hijo de mis entrañas las oraciones de los muertos ! Ay! ver acostar en un atahud estrecho y frio ese cuerpo que ha sido hecho con mi sangre, ese rostro que me sonreía, y que llamaba *madre!* esas manos que todavía puedo estrechar contra mi corazon ! ¡Que no oiga yo arrojar sobre él la tierra húmeda del cementerio . . . que no vea arrancar y desaparecer para siempre de mi vista ese ser que he querido y que he alimentado en mi seno !

“¡Señor! ¡Señor! dispuesta estoy á sufrir todo lo que quieras en cambio de la vida de mi hijo . . . pero que viva para mí, para acompañar mis últimos años, para que no sufra yo en este mundo los tormentos que tú reservas en el otro á los condenados !

“Si es necesario velar todos los dias que me restan, como velo en este momento; si es necesario orar sin descanso, como rezo ahora veladas y oraciones me serán gratas Señor, aun cuando él no sepa nada, aun cuando no me vea ni me reconozca, que viva!

“O si te agrada mas, Dios mio, continuaba la desgraciada madre, cuyo corazon sencillo creía en medio de su desesperacion que era posible hacer contratos con Dios, nunca lo volveré á ver yo te consagraré mi vida, entraré

en un convento del cual gastaré las losas con mis rodillas pero sabré que él vive, que es dichoso y de tiempo en tiempo permitirás que su imágen venga á visitar y endulzar mi sueño, si es que concedes el sueño á las madres separadas de sus hijos.

“¡Cuán mal he hecho en dejarlo amar y casarse con una muger! Yo debia haberlo guardado para mí sola no estaria acaso moribundo á estas horas ¡Este es mi castigo! Miétras que ha sido mio, nada le ha acontecido. Ese amor apasionado es quien le ha matado . . . miétras que mi amor tranquilo y vigilante, lo habria hecho vivir!”

Y á la idea de que su hijo iba á morir, la señora de Péreux, á pesar de su carácter dulce, odiaba casi á Antonina.

Por su lado, la tierna niña hablaba de esta manera con Dios:

“¿Es posible, Señor, que me lo quites seis meses despæes, tú cuyo nombre se hallaba santamente mezclado en todos nuestros sueños y confidencias . . . ? ¿Es posible que no le concedas ni aun el término que tanto nos espantaba, y que sería para nosotros ahora, si lo tuviéramos, una eternidad . . . ? ¡Dios mio! ¿hay algun dolor mas grande que el de ver desvanecerse repentinamente el sueño de nuestra vida, ver fria y helada la boca que nos ha dicho las primeras palabras de amor que háyamos oido . . . ?

Ya tú lo sabes, Señor; lo amo; he querido ser suya y si por un momento he esperado triunfar del porvenir perdóname, perdóname, y no me castigues ahora! Déjanos el uno para la otra! ¡Nos amamos tanto!

“Si tú supieras, Señor, los sueños de ventura que formábamos cuando estábamos solos . . . ! ¡Y veré arrojar á la tierra insensible, ese cuerpo que tantas veces he estrechado contra mi corazon . . . ? ¡Eso es imposible . . . !”

“Y sin embargo, si no debieras conservarle mas que una vida enfermiza, que cerrase su alma al amor . . . si no debiera yo oír mas las palabras que en otro tiempo me decia, y cuyo recuerdo ardiente me persigue hasta junto á este lecho de muerte . . . si fuera necesario que yo renunciase, para que él viviera, á las alegrías que desde hace seis meses mi amor me proporciona; si la curacion no debiera hacer de él mas que un cadáver animado, solamente con la vida exterior mejor querria entregártelo, Señor, porque esa muerte parcial sería mil veces peor que la muerte total!

“¡Vivir junto á él sin atreverme á decirle cuánto lo amo, por temor de matarlo! ¡vivir á nuestra edad sin podernos entregar á la espansion de nuestras almas! ¡tener constantemente ante los ojos el espectáculo vivo de su muerte! ¡cambiar repentinamente mi amor juvenil y ardoroso, por una inquietud tímida y reservada!

¡tener que arrojar lejos de mí la copa en que acabo de posar mis labios, y hundirme llena de vida, de energía, en una especie de muerte...! ¡lo confieso, Dios mio, mejor querria, viuda, cubrirme de duelo desde mañana.....!"

Como se ve, estos dos amores que se tocaban por un punto, eran, no obstante, muy diferentes el uno del otro, teniendo ámbos ese lado egoista, que es el carácter de todos los amores sinceros.

Es que, si muy difícil es á una madre no recordar las dulces alegrías que le ha proporcionado su hijo, es muy difícil tambien á una esposa jóven, enamorada, apasionada, casada apenas hace seis meses, con el hombre á quien ama, todavía bajo el encanto de las primeras revelaciones de amor, no recordar las horas misteriosas en que ámbos se olvidaban el uno por el otro, y en que las expansiones físicas completaban los deseos del alma.

Como se ha visto, por la decision que inmediatamente tomó de casarse con Edmundo, Antonina poseía uno de esos caracteres enérgicos y resueltos, una de esas naturalezas potentes y vigorosas, que no comprenden las dudas ni los términos medios. Edmundo se habia arrojado de cabeza en aquel verdadero piélago de amor, como un nadador que quiere ir á recoger una perla en el mar, sin saber si el aliento le faltará ó no en medio del camino, y si volverá á la superficie vivo ó muerto.

Edmundo habia, pues, amado á Antonina con toda la poesía, todas las ilusiones, toda la energía de un hombre de veintitres años, y por lo mismo la jóven no podia resolverse á mirar en él otro hombre que el que ella conocía, tal como se habia presentado desde el principio.

He aquí por que su amor no consentia en el mismo sacrificio que el de la señora de Péreux.

Es muy probable que si en vez de llevar seis meses de casada, lo hubiera estado hacia cinco años ó seis, y tuviera hijos, Antonina pensaria de muy diversa manera..... pero no era madre aun, y la voz imperiosa de la juventud era la única que hablaba por entónces en su corazon.

Si Dios oía todas estas oraciones, y las oía, porque en su clemencia inagotable las escucha todas, franca espresion del alma de aquellas mugeres, debia conocer en sus palabras las dos naturalezas con que ha dotado á la muger.
.....

Como se dijo al fin del capítulo precedente, el señor Devaux y Gustavo habian llegado á Niza; pero la señora de Péreux, su hijo y Antonina no habitaban en la ciudad misma, como recordarán nuestros lectores: el lugar en que ellos vivian, no tenia propiamente nombre; era y no era la ciudad. Muchas casitas habian si-

do construidas de aquella manera, de distancia en distancia en medio del campo, y nuestros dos recién venidos no sabían á cuál dirigirse.

El Sr. Devaux miraba á derecha é izquierda buscando una señal que le hiciera reconocer lo que buscaba, cuando percibió á tres personas que se paseaban; una jóven, un anciano, una vieja que llevaba una sombrilla bajo su brazo derecho y un libro en la mano izquierda.

Dos grandes lebreles galopaban delante de los tres paseadores.

El señor Devaux hizo parar la berlina en que iba; bajóse, y dirigiéndose hácia el anciano le dijo:

—¿Podría vd. indicarme, caballero, la casa de la señora de Péreux, si es que la conoce vd?

—Ibamos cabalmente á preguntar por su familia, contestó el señor á quien el médico se habia dirigido. Somos sus vecinos, y desde que ese pobre jóven, su hijo, está enfermo, vamos todos los días á saber de su salud. No nos hemos atrevido á pedir que se nos recibiera. . . . Si vd., caballero, ve á su madre y á su señora, tenga la bondad de espresarle el grande interés que tomamos en sus aficciones.

Durante este tiempo, Gustavo se habia apeado de la berlina tambien, y se acercó junto al grupo formado por el señor Devaux y las tres personas á quienes hablaba.

—He ahí la casa de la señora de Péreux,

continuó el anciano, estendiendo su brazo y señalando una casita con persianas verdes; he aquí la mia, añadió, volviéndose y señalando otra á un centenar de pasos. Yo me llamo el comandante Mortonne; vivo con mi muger y mi hija: si podemos serlas útiles en algo á las señoras de Péreux, decidlas, le ruego á vd., señor, que estamos dispuestos, y tendrémos un placer en servir las.

La señora de Mortonne y su hija aprobaron con un gesto lo que acababa de decir el comandante.

—¿Conque es decir, que el señor de Péreux vive todavía? preguntó el doctor despues de haberles dado las gracias.

—Antes de ayer por lo ménos estaba bastante aliviado, respondió el señor de Mortonne.

—Gracias, caballero, gracias. . . . Yo soy el padre de la señora de Péreux, la jóven; soy médico, y á mi turno, si la desgracia quisiera que alguna de los de la familia de vd. cayera enfermo, permítame que me ponga á su disposicion.

El comandante y el señor Devaux se saludaron afectuosamente, y este último, acompañado de Gustavo, se dirigió hácia la casa que acababan de indicarle.

El comandante, su muger, su-hija y sus lebreles continuaron su paseo.

Antonina, al ver entrar á su padre, dejó esca-

par un grito, y se arrojó á su cuello: la señora de Péreux le besó las manos, y abrazando á Daumont como á su propio hijo, no pudo decirle mas que estas palabras:

—Mi pobre Gustavo....

Pero se conocia en el amargo acento con que pronunció aquellas tres palabras, todo lo que hasta entónces habia sufrido, y todo lo que tenia.....

El doctor se acercó junto al lecho de Edmundo, y le tomó la mano.

Edmundo no se movió; la fiebre lo hacia insensible.

—¿Ha venido Murret? preguntó el señor Devaux á su hija.

—Sí, padre mio.

—Qué le ha hecho?

—Sangrías.

—Todos los dias?

—Casi todos.

—Muy bien.

Gustavo y la madre de Edmundo escuchaban, conteniendo la respiracion, hasta las menores palabras del señor Devaux.

Este descubrió el cuerpo del enfermo, y aplicó el oido sobre su pecho.

—¡Tal vez Dios es quien envía esta enfermedad! murmuró enderezándose y cubriendo al enfermo.

—¿Qué quiere vd. decir? exclamaron las dos mugeres.

—Quiero decir, continuó el señor Devaux, que si logro salvarlo de esta fuxion de pecho, quedará completamente curado del mal que tanto tememos. Nada me impide ahora aplicar los remedios que pienso, y mas fácil me es obrar sobre un enfermo débil y postrado, que sobre uno que come y bebe, y en el cual el ménos accidente puede destruir mis planes....

—¿Conque es decir.....? preguntaron todos.

—Es decir, replicó el doctor, que todo me hace creer que esta enfermedad es una inmensa ventaja, lo repito.

La señora de Péreux y Antonina se arrojaron riendo y llorando al mismo tiempo, la una en brazos de la otra.

La curacion de Edmundo era el punto de union de aquellos dos amores.

Aquel dia fué casi de fiesta, de alegría, en la casita, donde hacia ocho dias nadie pensaba sino en un funesto porvenir.

—¿Cuánto tiempo necesitas para ello, papá? preguntó Antonina.

—Edmundo podrá estar salvado, mas no curado, dentro de quince dias; solamente su convalecencia será larga, porque durante ella será cuando yo trate de destruir completamente el

mal. Podrá durar cinco ó seis meses que pasaremos aquí. . . .

—¿Conque no nos abandonarás en tanto tiempo?

—¿Y tú me lo preguntas? ¡No sabes que ántes que todo, yo quiero tu felicidad. . . . y tu felicidad consiste en la salvacion de tu marido? ¿no es cierto?

—Y en tu salud, en tu contento tambien!

—Niña querida! dijo el señor Devaux abrazando á su hija. Ahora ya no quiero mas, y piensa que es el médico, es decir el maestro, el tirano, quien habla; no quiero mas lágrimas en la casa.

Tres semanas despues la casa tenia efectivamente un aspecto muy diverso.

Antonina estaba sentada junto al lecho de Edmundo, quien apenas podia hablar, pero que la miraba con toda su alma y estrechaba una de sus manos.

—Has llorado mucho durante estas tres semanas, la decia con una voz apägada, pobre ángel mio: ¿cuánto has debido sufrir. . . .! ¡Si supieras qué horrible es la enfermedad que os impide ver á los que amais. . . .! Yo te sentia aquí, junto á mí, porque cada una de las fibras de mi corazon pende de tí, y no te podia mirar. . . . y no podia hablarte. . . . y el delirio no me dejaba decirte lo que hubiera querido. . . .

—Pobre Edmundo!

—Oh! si vuelvo á la vida, mi adorada Antonina, quiero que tú seas en el mundo la muger mas dichosa, así como eres la mas amada.

¿Pero en dónde está mi madre, mi buena madre? ¿Sabes que casi la olvido por tí. . . ? Ay! tanto te amo, que ántes que reaparezca mi vida, ya existe de nuevo mi amor. . . .

—Tu madre está en el salon; sabe que gustas encontrarme á tu lado cuando despiertas, y ahora que te mira fuera de peligro, se dice á sí misma: No tiene ya necesidad de mí. . . y hace cuanto cree que pueda hacerte dichoso. . . .

—Ve á llamarla, dijo Edmundo, cuyos ojos se arrasaron de lágrimas al recordar el santo amor y la abnegacion de su madre; quiero reñirla, por no haber aguardado á que yo despertara. Esto la agradará? No estás tú celosa de ella?

—Pero ella sí lo está, segun creo, un poco celosa de mí.

¿Qué quieres? ella me da su corazon todo entero, y no puede resolverse á dividir el mio. Mira, si yo llegara á perderte, Antonina, me mataria. . . . pero si perdiera á mi madre, creo que moriria de tristeza. Ve pronto á buscarla.

Antonina depositó un beso sobre la frente,

sin fiebre ya, de su marido, y se dirigió hácia el salon.

Una muda oracion se exhaló de los labios del enfermo. Pedia al cielo, para los ángeles que habia colocado á su lado para su guardia, la salud y la felicidad que ámbos habian pedido para él durante su enfermedad.

Antonina entró al salon, en donde la señora de Péreux platicaba con el comandante Mortonne, su muger, su hija, el señor Devaux y Gustavo.

—Mamá, dijo le primera; Edmundo quiere ver á vd. y reñirla, porque no esperó vd. á que despertara.

El rostro de la madre se iluminó con una sonrisa de alegría: sin detenerse mas, corrió á ver á su hijo.

—¿Conque siempre piensas en mí, hijo mio? le dijo.

—Abrazame, madre mia, dijo Edmundo, pasando sus descarnados brazos al cuello de la señora de Péreux: tus caricias me vuelven la vida.

—¡Salvado! está salvado! murmuraba la madre. El señor Devaux lo decia hace un momento. ¿Será cierto, Dios mio?

Y abrazaba á su hijo.

—¿Hay gente en la sala? preguntó Edmundo.

—Sí, el comandante de Mortonne.

—¿Quién es ese comandante?

—Es un excelente sugeto, que todos los dias viene á saber de tí, con su señora y su hija, que es una jóven de diez y seis años. El señor Devaux tiene sus costumbres.... En Paris visitaba á sus enfermos: por la tarde recibia visitas y jugaba su partido de Wissh. Aquí está algo desconcertado. En los primeros dias de tu enfermedad le servias de ocupacion única, querido hijo; pero ahora que estás mejor, enteramente bien.... porque ya no estás enfermo, ¿no es verdad.....?

—No, mi buena madre, tranquilízate.

—Pues, bien, á ese pobre señor le parecen muy largas las tardes, y quiere distraerse un poco. Así es que juega algo con el comandante. Algunas veces por darle gusto, jugamos el Wissh, que he procurado aprender. No me divierte cosa, porque preferiria estarme contigo; pero ha hecho tanto por nosotros, que es justo complacerlo en algo. Si la vida me pidiera, se la daria.

—¿Y Gustavo, madre, está fastidiado aquí?

—Nada de eso: monta á caballo con el comandante y su hija: hacen sus escursiones, y se divierten algo. Y hacen bien, porque ya hay tranquilidad por lo que respecta á tí. Cuando te levantes, muy pronto, de aquí á ocho dias, irás al salon, y jugarás con nosotros: todavía hay

días felices para nosotros en este mundo, hijo mio.

—¡Mi pobre madre . . . ! dijo Edmundo mirando con atencion á la señora de Péreux, á la cual la felicidad que experimentaba de algunos días á esa parte, no habian podido borrar los vestigios de los padecimientos que habia sufrido.

—Sí, dijo, estoy algo cambiada; tengo ahora algunos cabellos blancos, que tú no me viste ántes de tu enfermedad; pero eso no es nada, porque tengo en el corazon una esperanza y una juventud eterna.

Al decir esto, la señora de Péreux abrazaba de nuevo á su hijo, que no pudo contener algunas lágrimas que se enjugaron entre sus dos besos.



CAPITULO VII.

LA PRIMERA MENTIRA DE GUSTAVO.

Gustavo habia tenido á Nichette al corriente de todos los sucesos y aspectos de la enfermedad de Edmundo. Los dias en que la modista recibia sus cartas de Niza, eran para ella festividades. Desde la partida precipitada de su jóven amante, no tan solo se habian acabado para ella las grandes distracciones, sino hasta su tranquilidad interior. Para agradar á Gustavo, para poderse mejor entregar á él, solo á él, habia renunciado á sus antiguas amistades; de manera, que ausente Gustavo, nadie venia á visitar á la modista.

Nichette lloró al principio bastante; luego cuando supo que Edmundo estaba fuera de peligro, se puso doblemente alegre, ya porque un amigo á quien de veras amaba, no moria, ya, lo mas importante, porque una vez Edmundo sano, Gustavo se volveria con ella.